

altos dignatarios civiles y eclesiásticos, los señores feudales con voz y voto y los representantes de las ciudades libres. Al propio tiempo habían acudido á la célebre ciudad, en pos de sus protectores, un gran número de literatos y poetas y á su cabeza el ya citado Ulrico de Hutten, no por curiosidad de saber el resultado que tendría la entrevista que en el mismo parlamento se celebró entre Lutero y el legado del papa el cardenal Cayetano, porque la discusión que hubo de resultar de esta entrevista pareció entonces al público en general una de tantas controversias insustanciales de teólogos de convento. Lo que querían los poetas, inocentes y entusiastas, era excitar al emperador y á los Estados alemanes á concertar una guerra formidable contra la Turquía. En una carta expresó Hutten las esperanzas de los humanistas de oficio, que eran también las suyas, en estos términos: «Aquí se ofrece á todo el mundo el espectáculo mas grato. El que ve tan grande multitud de condes y caballeros, la flor de la nobleza alemana, no puede temer mucho á los turcos. Si los alemanes tuvieran tanto seso como fuerza tienen hoy, apostaría á conquistar con ellos todo el mundo. Quiera Dios que aquellos de cuya deliberación todo depende, acierten en su resolución, pues, ¿qué mas podemos desear sino que ahora se conozca la Alemania á sí misma?» En un discurso que escribió aprueba, contra lo que había hecho antes, la proposición del representante del papa, de decretar una contribución general, y excita á los príncipes alemanes á la unión y á la obediencia al emperador. Los alemanes desconfiaban, y temían que el nuevo diezmo no fuese mas que un recurso ingenioso de la curia romana para llenar, como otras veces, las arcas vacías del papa; mas el temor de los turcos era tan grande que esta vez todos se lisonjearon de que el papa emplearía lealmente los fondos que habían de recaudarse en la guerra contra el peligro que amenazaba no solamente á la Alemania sino á toda la Europa. Así lo expresan en sus discursos, que no se sabe si los pronunciaron delante del pueblo ó de los príncipes ó si se contentaron con escribirlos, otros literatos que habían cambiado sus nombres patronímicos prosaicos alemanes por los formidables y mas sonoros de Tranquilo, Partenio, Andrónico, Erasmo, Vitelio y Ricardo Bartolino, discursos verbosos sin sustancia, sin principios políticos ni históricos, pero llenos de citas de autores latinos, de recuerdos de las invasiones y ferocidades de los bárbaros, y que mostraban la vanidad pedantesca de sus autores y su completa ignorancia de lo que era la Turquía y del estado de la Europa oriental.

Al hablar de Augsburgo, debemos decir algo de uno de sus hijos mas célebres, Juan Holbein, que fué en Alemania el representante del espíritu del Renacimiento en el arte pictórico. Así lo prueban su retrato de Erasmo, á cuyo nombre va inseparablemente unido el suyo, el retrato de Bonifacio Amerbach, y sobre todo, sus dibujos para obras literarias de su época, como la *Apología de los Necios*, los *Diálogos* de Luciano, traducidos por él mismo, la *Utopía*, de Tomás Moro, las obras de Murner, sus orlas artísticas para portadas de obras y sus iniciales y adornos, que dibujó, entre otros, para el impresor y editor Juan Froben, de Basilea. En todos estos trabajos, que á primera vista parecen fútiles, se ve el genio del artista, la finísima sátira con que atacó á los pedantes, á los clérigos y á la religion misma; la noble aprobación del mérito, la originalidad, comprensión y el perfecto criterio con que comprendió los asuntos, así modernos como antiguos.

Después de Augsburgo corresponde el turno á Nuremberg, que como aquella ciudad recibió temprano, directamente de Italia, la semilla de la nueva civilización. Su apóstol fué en

esta última ciudad Hartmann Schedel, que vivió desde 1440 hasta 1514. Estudió en Leipzig bajo la dirección de Luders, alcanzó los grados de bachiller y maestro, y habiendo empezado el estudio del derecho, le aburrieron el lenguaje complicado jurídico y las innumerables modificaciones de las leyes. Dedicóse, pues, á la medicina y fué á estudiarla á Italia, de donde regresó á su ciudad patria, en 1480, hecho médico. Pero además de su diploma de doctor, llevó á su país una vivísima afición á la antigüedad clásica, una numerosa colección de extractos y copias de autores antiguos y modernos (porque tenía verdadera pasión por copiar), los comienzos de una obra sobre las cosas notables de Italia, y finalmente un talento regular para describir lo que había visto ó imaginado. En 1493 publicó una nueva historia universal en latin y alemán, adornada con 2,000 grabados en madera; obra que sin señalar un progreso en la literatura histórica, sirvió posteriormente á muchos de consulta y á no pocos de fuente, y procuró á su autor gran fama dentro y fuera de Alemania. El hecho de emprender la publicación de semejante obra, la primera profana tan brillantemente adornada y tan voluminosa, prueba el aprecio que entonces se hacia ya de la instrucción, aprecio que confirman muchos otros casos de aquel mismo tiempo. Nuremberg fué en todo el siglo xv un centro literario exclusivamente científico práctico, principalmente de estudios matemático-astronómicos, gracias á Juan Regiomontano ó sea Königsberg, el astrónomo mas célebre de Alemania y quizás de Europa. Regiomontano recibió invitaciones de muchos países, que desearon tenerle en su seno, pero él regresó después de una corta ausencia á Nuremberg, porque decía que no encontraba otra población mas propia para sus estudios.

A la misma ciudad fué llamado, en 1488, por los dos dignatarios principales del municipio, Segismundo Meisterlin, fraile de un convento de Augsburgo, orador sagrado de mucha fama y solicitado para predicar en muchas ciudades de la Alemania meridional; y como había escrito mucho sobre las antigüedades y otras cosas notables de Augsburgo, dando pruebas de erudición y talento, le propusieron la redacción de la historia de Nuremberg. El fraile aceptó y cumplió su cometido á satisfacción de todos, empezando su trabajo con las primeras campañas de los romanos en Alemania y continuándolo hasta el año 1414, valiéndose naturalmente de las crónicas, algunas muy antiguas, que encontró en el archivo, municipal. Por la importancia y antigüedad está su historia estrechamente enlazada con la de los reyes y emperadores de Alemania. Obedeciendo al criterio histórico, que en aquella época estaba todavía en su infancia, admitió Meisterlin en su obra, como otros autores, algunas leyendas y anécdotas locales, como la de Schweppermann (1), amén de citas de autores latinos clásicos é italianos modernos, especialmente de Eneas Silvio y Flavio Biondo, que escribieron en latin y le sirvieron como aquellos de fuentes. Ocioso es decir que como religioso se complace en extenderse acerca de las cosas que se refieren á la Iglesia, sus instituciones y la influencia divina en las cosas humanas. Mas esto no le salvó de la crítica de algunos envidiosos que pretendían ser mas eclesiásticos que los hombres de la Iglesia y encontraban

(1) Era comandante del contingente armado que la ciudad libre de Nuremberg daba para las guerras del emperador. Distinguióse en la batalla de Gammelsdorf, en 1313, y decidió con su valor la célebre de Mühlendorf, en 1322, á favor del emperador Luis el Bávoro. Después de la batalla no había mas que un cesto de huevos para comer el emperador y sus capitanes, y entonces dijo el emperador, viendo que los comensales eran muchos y los huevos pocos: «Uno á cada uno y dos al valiente Schweppermann.» frase que este último tomó en su escudo de armas y que fué grabada también en su sepulcro. (N. del T.)

mal que un teólogo como Meisterlin tratara de cosas profanas, aunque lo hiciera con intención santa.

El verdadero representante del humanismo en Nuremberg y uno de los primeros humanistas alemanes en general fué Wilibaldo Pirckheimer, que nació en 1470 y murió en 1528. Su padre, hombre rico, distinguido y protector de los estudios modernos, le había dado una educación excelente en ciencias y artes. Muy joven aprendió el arte militar y acompañó á su padre en sus viajes mercantiles, de modo que desde muy temprano fué ya iniciado en los sucesos políticos de su país y del mundo en general. Para figurar en este último, le hizo su padre estudiar leyes en Padua y Pavia, desde 1490 hasta 1497, durante cuyo tiempo el hijo se dedicó además y con preferencia á las humanidades. De regreso á Nuremberg fué elegido miembro del consejo municipal, en cuyo puesto continuó con algunas interrupciones hasta 1522; hizo varios viajes en calidad de representante diplomático de la ciudad, cuyas tropas también mandó en las guerras en que Nuremberg tomó parte, como en la del emperador Maximiliano contra los suizos pronunciados, en la cual, como también en otros asuntos, ganó la especial confianza del emperador. Era rico y empleaba su riqueza en herosearse su morada, para vivir á su gusto, y en la protección á otros, porque su casa era el punto de reunión de los inteligentes y estudiosos.

Pirckheimer presenta muchas analogías con Peutinger. Ambos eran diplomáticos, historiadores, teólogos, inclinados á la reforma en la Iglesia, pero continuando fieles á ella; ambos, el primero todavía mas que el segundo, reunieron en su casa, gracias á su posición desahogada y á su carácter independiente, á los hombres de la nueva corriente literaria; y si se dedicaron á trabajos históricos fué siempre en servicio de la patria. Las diferencias consisten en que Peutinger, dedicándose toda su vida á determinadas aficiones, no dejó concluida ninguna de sus grandes obras proyectadas, mientras Pirckheimer, á pesar de su universalidad, supo concentrar su acción y dejó á la posteridad, sino obras voluminosas sin acabar, varias obras reducidas, pero acabadas. El primero no se cuida de la forma exterior y desprecia la elegancia, atendiendo solo al fondo, por cuya razón tampoco muestra genio artístico á pesar de haber formado una rica colección de objetos de arte; pero el segundo es semi-artista, perfeccionado por el trato con artistas verdaderos, y lo demuestra en sus obras, que regocijan al lector por su sustancia y sus elegantes formas. Peutinger entabla relaciones con todo el mundo para conocer gente ó aumentar sus colecciones con algun documento manuscrito ó alguna moneda, y vivía contento y regalado en su casa de la ciudad, dedicando las pocas horas de ocio que le dejaban sus ocupaciones oficiales á estudios nimios y laboriosos. Pirckheimer, á pesar de la satisfacción que sentía en la sociedad de artistas y amigos, prefería la vida campestre y solitaria, gozando mas en la compañía de la naturaleza que en la de los hombres, como poeta que era, aunque no escribió versos, y como persona de carácter grave y severo, mientras Peutinger era chistoso, satírico, ya bonachon, ya maligno, pero siempre jovial. En el retrato pintado por Cristóbal Amberger, el gran rival de Holbein el menor, parece Peutinger un hombre de edad, benévolo é inteligente, á manera de confesor bondadoso y digno de ser depositario de los secretos de sus penitentes; Pirckheimer, en cambio, en su retrato grabado á grandes rasgos por Alberto Dürero, parece un filósofo alegre, entreteniendo á sus amigos doctos con sus ocurrencias chuscas y rayando algun tanto en la obscenidad cuando los tenía reunidos á su mesa.

El editor primero de las obras de Pirckheimer, el indocto y limitadísimo profesor Ritterhaus, de la hoy suprimida univer-

sidad de Altdorf, dividió los escritos del autor en históricos, políticos, filológicos y cartas; pero si con esto creyó facilitar la formación de un juicio correcto acerca de Pirckheimer, anduvo muy errado, porque para formarnos idea de su importancia como político sería menester tener mas datos, hoy ocultos todavía en archivos, que los versos que dedicó al emperador y á la ciudad de Nuremberg y los pocos discursos y cartas políticas que publicó aquel editor. Como historiador tenemos de él pasajes reunidos y sacados laboriosamente de autores antiguos para atestiguar las glorias de los alemanes, y su libro interesante sobre la guerra con Suiza, libro que puede considerarse como veraz cuando el autor refiere cosas que presencié y en que fué actor. Su latin es bastante bueno; sabia mas griego que la mayor parte de sus contemporáneos, y tradujo con preferencia las obras de Luciano. Su correspondencia es magistral; conoce las personas, y encuentra para cada individuo las expresiones mas adecuadas á su carácter; sabe discurrir agradablemente, ya sobre asuntos alegres, ya graves, y hacer hablar á las personas á quienes se dirige.

Si de los autores griegos prefirió á Luciano, fué porque había alguna analogía entre su genio y el del autor antiguo, como lo prueba su diálogo: *Eccius dedolatus* (Dr. Eck, desmochado), polémica acre y grosera como entonces se escribían, dirigida contra Juan Eck, el teólogo furibundo de la universidad de Ingolstadt. Juan Eck, á la sazón, había excitado contra sí al público inteligente por su defensa de la usura, así como por su disputa de Leipzig se había hecho odioso á los partidarios de Lutero, y á los humanistas en general por su desprecio de la instrucción moderna. Por esta última causa Pirckheimer, en el citado diálogo, pone en boca de este teólogo rabioso un latin bárbaro, alemanizado, y le hace apoyar en este lenguaje á los sofistas, adversarios irreconciliables de las humanidades.

Daremos aquí la sustancia de este diálogo. Eck, el doctor en teología, está enfermo y abandonado de todos; el único amigo que le queda fiel es el jarro de vino, que un muchacho está encargado de llenar cuando se agota, lo cual le sucede con tanta frecuencia que cuando su amo le envía á llamar á algunos amigos tiene que poner á otro en su puesto. Pocos son los amigos que acuden, y estos de mala gana. Aconsejan al enfermo que llame á un médico, pero como el doctor no se fia de los médicos, que podrían ser sobornados por los humanistas para envenenarle, sobre todo los de Augsburgo y de Nuremberg, quiere uno de Leipzig, que desea le envíen los teólogos de esta última ciudad. A este fin escribe una carta á Rutens, su amigo, que vive en Leipzig, pero falta un mensajero de confianza que lleve la carta á su destino con la rapidez que requiere el caso. Preséntase entonces una bruja, que montada en un macho cabrío se ofrece á hacer el recado, y es aceptada. Todo se verifica á pedir de boca; los teólogos encuentran al deseado médico, y Rutens se ofrece á acompañarle en su viaje para dar al enfermo los auxilios espirituales; la bruja brinda á los dos con su montura, con la condición de agarrarse á la cola del macho cabrío, y para vencer su terror les dice que el macho es tío carnal del de Emser (1). Se verifica el viaje previo el correspondiente conjuero, en cuya fórmula el autor hace entrar los nombres desfigurados de los enemigos principales de los humanistas, y los dos llegan sanos y salvos al cuarto del enfermo. El médico, después de referir en términos poco tranquilizadores su

(1) Jerónimo Emser fué como Eck uno de los adversarios mas furiosos y temibles de Lutero y de todos los reformadores. Tenía en su escudo de armas una cabeza de macho cabrío, por cuyo motivo le solía llamar Lutero cuando hablaba de él, «el bock-Emser», es decir, «Emser, el macho cabrío.» (N. del T.)

larga práctica en la facultad, reconoce por causa del mal del paciente su vida disoluta, y atendida la inminencia del peligro pide que el enfermo se ponga bien con el cielo. Llega el confesor, y en lugar de oír á un pecador arrepentido oye una relacion de méritos de un vanidoso engreído; pero poco á poco le saca hábilmente la confesion de que todo cuanto ha hecho ha sido efecto de sus intenciones perversas, de su deseo de lucro y de fama, ó de la envidia. Eck, entre tanto, sospecha si el confesor será un luterano disfrazado, y el confesor le tranquiliza, diciéndole que no es ni luterano ni eckiano, sino cristiano, y que nunca descubre secretos, porque la verdad al fin se revela por sí sola. Con esto deja su puesto al médico del cuerpo, que sin mas demora aplica al enfermo el remedio, el cual consiste en una tanda de palos administrada por siete robustos mozos, que le dejan radicalmente molido; le rapan la cabeza y la barba, y le extirpan todos los males escolásticos; que son los sofismas, silogismos, proposiciones, corolarios y demás. Luego da el médico al paciente una pócima que le hace vomitar y dormir, con lo cual consigue la evacuacion de los comentarios dialécticos, el doctorado canónico y otros vicios, y le extrae durante el sueño los que no se pueden extirpar sino por medio de una operacion, á saber, el orgullo, la envidia, la hipocresía y la gula. Cuando el paciente se despierta y se siente sano y alegre solo le queda un deseo, el de que nada digan de lo sucedido á Hutten ni á los literatos malditos de Wittenberg.

Otra obra característica del mismo autor es la «Apología de la Gota» (*Laus podagrae*), porque entonces era moda lucir la agudeza de ingenio alabando plagas, y mas si las sufría el autor, como sucedía á Pirckheimer, que acostumbrado á la actividad y á la vida regalada, sin ser esclavo de los placeres materiales, se veía á veces condenado á la inmovilidad y á sufrir los dolores de la gota, sin medios de librarse del mal. En esta situacion tuvo la idea agrídice de alabar la enfermedad como distribuidora de goces intelectuales y caseros, haciendo comparecer la gota ante un tribunal, donde se defiende en un discurso, no dudando que será absuelta y hasta elogiada.

Otro escrito notable es una carta en la cual defiende á Reuchlin y el estudio de las humanidades, ensalzando de paso el trabajo que hermosea la vida y atacando con varonil arrojo á los adversarios del humanismo, que en su opinion detienen temerariamente en su curso progresivo la vida intelectual del pueblo alemán. Lo mas característico en esta carta, que precede á una de sus traducciones de Luciano, es la manera de considerar la relacion entre el humanismo y la teología. Para él no es esta última antagonista del primero, sino su continuadora; por esto dice solo merecen el nombre de teólogos aquellos que unen á una vida pura y á un carácter formal, una instruccion sólida en todos los ramos del saber humano. Seguidamente añade una lista de teólogos que en su opinion son dignos de este nombre, y efectivamente, resultan ser humanistas las personas que cita. Este modo de ver determinó tambien su conducta respecto de la reforma religiosa, de la cual fué partidario mientras esperaba de ella una regeneracion moral é intelectual del pueblo alemán, pero tan luego como se convenció de que todo se dirigía solo á una variacion teológica que en muchísimas partes aceleró la decadencia del movimiento científico y de la moralidad, en lugar de elevarla, retiróse al bando contrario, exclamando alguna vez: «Muchos me acusan de ser traidor á la verdad evangélica porque no puedo entusiasmarlos, no por la verdad evangélica, sino por la diabólica tendencia de tantos apóstatas, hombres y mujeres, y de tantos y tan innumerables vicios que han acabado ó poco menos con la piedad y el amor al prójimo.» Estas y otras expresiones del

mismo género son frecuentes en sus cartas y otros escritos del último período de su vida, y son hijas de la conviccion profunda y del sentimiento amargo que deja el desengaño en un corazon noble y sincero que, como tantos otros, habia soñado una república de luz, que sin separarse de la Iglesia elevaria la moralidad hácia la perfeccion. Creyeron al principio haberla encontrado en el movimiento protestante, pero al verse chasqueados volvieron al seno de la Iglesia á la cual estaban acostumbrados, exacerbándose en muchos de ellos, despues, la desilusion hasta traspasar los límites justos.

Viejo y caduco ya Pirckheimer, habiendo disfrutado algo mas de lo regular los placeres de este mundo, por lo cual su amigo Durero le habia zaherido varias veces en broma, acostumbrado á vivir alegremente entre amigos de talento, vióse poco á poco aislado, porque la muerte se habia ido llevando uno en pos de otro sus mejores comensales, y entonces renunció á todo, menos á las satisfacciones del espíritu (*vivere ingenio, caetera mortis erunt*); y así se desprende de la elegía que dedicó á la memoria de Alberto Durero, que murió el 6 de abril de 1528, en la cual exclama: «¿Por qué dejaste, desgraciado, tan súbitamente y para no volver, al amigo afligido, tú, el mejor pedazo de mi alma, tú, con quien podía discurrir en confianza porque guardabas mis palabras en tu pecho fiel? Ni me fué permitido poner mi mano en tu frente amada y darte el postrer adios, porque apenas te habias puesto en cama cuando la muerte te arrebató.»

Existe tambien de Pirckheimer una defensa de las monjas de Santa Clara de Nuremberg, de cuya comunidad formaban parte dos hermanas suyas, Caridad y Clara. La primera, la mayor de las dos, habia entrado en el convento en 1478, cuando tenia 22 años; á la edad de 47 años fué elegida abadesa, y murió en 1532. Esta mujer merece una mencion especial aquí, no solamente por los méritos de su hermano, sino por los suyos propios, porque manejaba el latin con mucha soltura, como lo atestigua su correspondencia con su hermano y con Celtes. El primero le dedicó su traduccion de: *La venganza tardía de la divinidad*, de Plutarco, y las obras de San Fulgencio; el segundo le envió las obras poéticas de Santa Rosvita (1), y un elogio de la ciudad de Nuremberg. Ambos rivalizan en elogiar en sus cartas, dedicatorias y poesías, la sabiduría y el talento de la religiosa clarisa; el hermano la llama vástago digno de una familia desde antiguo renombrada, y Celtes la escribió: «Eres la estrella resplandeciente y corona de tu sexo, joya rara en las comarcas alemanas, ¡te pareces á las vírgenes romanas!» La monja era modesta y rechazó tan excesivas alabanzas, expresando á su hermano su sorpresa de que un hombre tan sabio encomiase tanto á una persona tan inferior en sabiduría. A Celtes escribió haciéndole reconvencciones por la preferencia que daba á las fábulas inconvenientes de Júpiter, Vénus, Diana y otras divinidades paganas, indicándole como mas útil buscar la única sabiduría que hace feliz y se halla oculta en la Sagrada Escritura. «Allí,—dice,—hallamos las perlas mas preciosas, porque la teología saca en el campo del Señor la pepita de su cáscara, el espíritu de la letra, el aceite de la peña y flores de las espinas.» Pero esta mujer no fué solamente religiosa, piadosa y literata, y como abadesa, digna y maternal directora de la comunidad, sino tambien defensora

(1) Santa Rosvita ó Trosvita nació por el año 920, de una antiquísima familia principal sajona. Entró monja en un convento de benedictinas en Gandersheim, en el cual murió el año 967. Escribió en latin odas y otras poesías, los hechos del emperador Oton II, á petición de este (*Gesta Ottonis*), leyendas y seis dramas latinos, para expulsar á Terencio, que era muy leído entonces por la gente que sabia latin, es decir, por el clero. (N. del T.)

de la igualdad y del derecho de su sexo en el campo literario. Felicitó en una carta á Celtes por haber descubierto y publicado las obras de Santa Rosvita, diciéndole: «Confieso que habeis hecho una cosa muy distinta de lo que habrian hecho muchos sabios, ó mejor dicho, pedantes, que sin razon hacen gala de despreciar lo que dicen y hacen las mujeres, como si estas no tuviesen el mismo Creador, y el mismo Salvador y Redentor que los hombres, sin considerar que la mano del Supremo Arquitecto es todavía la misma y que reparte segun le parece y sin mirar personas, las llaves del arte.»

No faltaron almas innobles que vilipendiaron la relacion entre la abadesa y el humanista, pero otras notabilidades estaban tambien en correspondencia con esta mujer eminente, entre otras Alberto Durero y Cristóbal Scheurl, como lo demuestran varias cartas picarescas y serias. Scheurl, por lo demás, nunca fué simpático al hermano de la abadesa, que solia burlarse de él llamándole en lugar de doctor, dolor de ambos derechos, romano y alemán, (*utriusque juris dolorem*). Scheurl, que vivió desde 1481 hasta 1542, era doctor en jurisprudencia; habia estudiado en Italia y fué durante el último tercio de su vida un elevado y respetado funcionario de su ciudad natal. No se le puede clasificar entre los humanistas de su tiempo, que si bien se interesaban por las cuestiones políticas y religiosas, solo estudiaban la lengua y literatura latina antigua, algunos la griega y aun la hebrea, estudios que con la propaganda y las polémicas anexas constituian toda su vida intelectual. Tampoco se le puede contar entre los reformadores religiosos, propagandistas del culto de la Biblia y defensores del idioma alemán, ni entre los partidarios del pasado que miraban á los humanistas y á los reformadores como elementos perturbadores de la Iglesia y del estado intelectual creado por ella, y que preferian la ignorancia ó la instruccion limitada á la erudicion, al libre pensamiento y al criterio individual. Scheurl era petulante, por haber recibido desde jóven demasiados elogios; egoista, porque sus pequeños asuntos personales eran para él mas importantes que los grandes intereses generales; indolente con todo su genio activo; sin entusiasmo por nada, ni siquiera por las polémicas mas ruidosas, que no excitaban su curiosidad y hasta las ignoraba. Las luchas de los humanistas le dejaban frio, ni tenia ni buscaba relaciones con los jefes; así es que en una de sus cartas menciona el triunfo de Reuchlin en su disputa con los dominicos y las universidades aliadas, y á renglon seguido encarga que saluden de su parte al adversario mas terrible de aquel escritor y manifiesta el deseo de que se entiendan Lutero y Eck, para detener así el curso del movimiento reformista. Cuando ve que no consigue desviar ni detener este movimiento ni el intelectual, se retira despedido y se hace enemigo de los dos. En fin, Scheurl es el representante del ciudadano alemán rico, pero indiferente y soberbio, y Pirckheimer, el del activo y patriótico, que se interesa por todo lo nuevo, que comprende las corrientes y la significacion de los sucesos y de la época, y obra con resolucion, mientras el otro, henchido de orgullo, cree rebajar su mérito y dignidad si se interesa por lo que á otros conmueve, entusiasmo y eleva.

Lo que Holbein fué para Augsburgo, esto es, el representante del arte del Renacimiento, lo fué Alberto Durero para Nuremberg, y aun mucho mas, porque Holbein pasó la mayor parte de su vida en el extranjero, en Suiza y en Inglaterra, y Alberto Durero no abandonó su ciudad patria excepto para viajes de estudio, y fuera de esto, era mas hijo del Renacimiento y del humanismo que Holbein. Sin ser erudito, sabe apreciar en lo que vale la erudicion de otros, y en sus trabajos científicos cita los de otros como para justificarse

y presenta como su único deseo, jamás satisfecho del todo, el de saber, diciendo: «Todo, por deseado, útil y agradable que sea, hasta con el tiempo; pero el deseo de extender y aumentar nuestros conocimientos, implantado por la naturaleza en todos los hombres, no se sacia ni hasta jamás.» Este modo de pensar, que no fué el de Holbein, hizo á Durero humanista, por cuya razon mantenía tambien mas relaciones con literatos notables y tenia mas simpatías por la Italia que Holbein, lo cual le arrancó cuando partió de la hermosa península este suspiro: «¡Cuánto me hará desear el sol de este país el frio del mio! Aquí soy amo, y en mi tierra parásito.» Tambien tenia mas sentimientos religiosos que Holbein; simpatizó con Lutero, y cuando supo que estaba cautivo, lamentó profundamente su desgracia y suplicó á Erasmo que continuara la mision de aquel y que como adalid de Cristo, protegiera la verdad hasta conseguir la corona del martirio.

Durero no solamente era artista sino tambien escritor; mas no es este el lugar de exponer sus obras principales, que tratan de materias científicas y teóricas sobre cuestiones del arte. El mismo biógrafo mas moderno de Durero, á pesar de ser hombre erudito, dice respecto de estas obras: «Hay que convenir en que es difícil que un individuo sea tan universal que pueda seguir en todas sus manifestaciones hasta los últimos límites de la crítica á un genio tan activo y vasto.» Aquí, pues, nos ceñiremos á los diarios, cartas y rimas de Durero, escritas todas en alemán, con naturalidad, sin pretensiones literarias ni artísticas, por cuya razon son los testimonios mas auténticos del carácter, vida intelectual y sentimientos de este artista. Los diarios contienen, en lugar de consideraciones, simplemente apuntes, poco interesantes é instructivos, sobre pequeños sucesos del día, las cosas que vió en sus viajes y noticias de asuntos de interés general á medida que trascendieron al público inteligente. Sus cartas son retratos vivos de la índole del autor, de su imperturbable buen humor, que resiste victorioso á todas las impertinencias y contrariedades de la vida; de su buen corazon y amistad sincera, que no rehuye sacrificios; de su respeto y sumision á personas superiores, y finalmente, de su religiosidad, que brilla mas cuanto mas duras son las pruebas que le impone el destino. Sus versos reflejan el mismo carácter, contienen pensamientos íntimos, religiosos ó alegres; el autor se rie de sus propios defectos ó errores, ó de los de sus conocidos, de sus tentativas para hacer rimas y de una sátira que le ha dirigido el corrector de sus versos, Lázaro Spengler. Lo que mas seduce en estos versos, de perfeccion artística muy cuestionable, es la bondad sincera, el carácter sencillo y la modestia sin afectacion que respiran, precisamente cuando Alberto Durero mas gloria y fama habia adquirido. Esta modestia es en Durero fruto del espíritu del Renacimiento que se habia apoderado de él, y así lo expresaba él mismo diciendo á veces que el arte moderno, lo mismo que la instruccion é ilustracion, son consecuencias de los trabajos y de las obras de los antiguos, cuyo olvido, extravió ó desconocimiento habia engendrado la barbarie de la Edad media, y cuya rehabilitacion en Italia habia sido el principio de una nueva era.

Estrasburgo, Nuremberg y Augsburgo son tres ciudades en las cuales sabios y artistas, con sus obras y su propaganda entusiasta, crearon una vida intelectual nueva, auxiliados por el arte de la imprenta y el comercio de libros, en cuyos ramos eran aquellas ciudades centros principales de donde recibió el pueblo alemán sin cesar desde las obras mas voluminosas hasta las mas pequeñas, manuales y folletos, como otros tantos apóstoles de la ciencia antigua resucitada. Ade-